

pues de un santo y glorioso episcopado de treinta años. San Ethelvoldo de Winchester, su digno cooperador en el restablecimiento de la disciplina, había muerto ocho años antes. Habiendo ido á Cantorberi con el obispo de Rochester, San Dunstano, de quien eran ambos discípulos, los recibió con un afecto extraordinario, y los detuvo cuanto le fué posible sin poder resolverse á dejarlos. Cuando llegó el caso de ausentarse, los acompañó hasta una distancia muy considerable; pero en el momento de la separación principió á suspirar, á derramar copiosas lágrimas, y á sollozar de tal modo que no podía pronunciar una palabra. Los dos obispos enternecidos y maravillados, le preguntaron cuál era la causa de una tristeza tan grande. Ay de mí! les dijo, vuestra muerte está muy cerca: ya no volveremos á vernos en este mundo. En efecto, apenas llegó á su ciudad el obispo de Rochester, cuando le acometió una enfermedad violenta que en pocos días le llevó al sepulcro. San Ethelvoldo enfermó antes de llegar á su casa, y murió á primero de agosto del año 984, en cuyo día venera la Iglesia su memoria.

Trascurridos cuatro años, día de la Ascension, 17 de mayo, observaron que el santo arzobispo de Cantorberi experimentaba una conmoción extraordinaria al celebrar la misa. Mas no obstante, predicó como lo tenía de costumbre después de leído el Evangelio, y continuó la misa con gran serenidad hasta la comunión. Volvió entonces á predicar, y exhortó eficazmente á su pueblo al desprendimiento de todas las cosas terrenas. Dado el ósculo de paz, no pudo ya contenerse, suplicó á los concurrentes que no se olvidasen de él, y les afirmó que se acercaba el día de su muerte. Levantóse una gritaría confusa en todo el concurso al oír estas palabras; corrieron tor-

rentes de lágrimas, y salió el prelado de en medio de aquel pueblo desconsolado. Después de comer regresó á la iglesia á señalar el lugar de su sepulcro, y al punto se vió cercado de un inmenso gentío, al que exhortó á bendecir en todas las cosas la voluntad de Dios y á confiar en la divina misericordia. Todavía les estaba hablando cuando advirtió que sus fuerzas se disminuían considerablemente; y no obstante siguió todo este día y el viernes inmediato consolando é instruyendo á los muchos fieles que corrían á todas horas á pedir su bendición. El sábado mandó celebrar en su presencia los divinos misterios, recibió el Viático del cuerpo del Señor, y después de unas acciones de gracias muy fervorosas, entregó su alma al Criador (988). El número de milagros obrados en su sepulcro fué tan grande por espacio de muchos años, que ocupan una parte considerable de su vida escrita en el siglo siguiente por el monje Osberno. Debió la Inglaterra á San Dunstano el restablecimiento de las ciencias ó de los estudios, como igualmente el de la disciplina, que es una consecuencia ordinaria de él (1).

Por este mismo tiempo, como ya ha debido notarse, otros prelados ilustres y piadosos protegidos eficazmente por el rey Oton, trabajaban también en Alemania y con los mismos felices resultados; además de los Santos Udalrico, Adalberto y Adalago, citaremos al bienaventurado San Bruno, hermano de aquel príncipe. Dotado de tanto ardor como disposición para las ciencias, ni el fausto ni la delicadeza de su noble alcurnia, ni la multitud de hombres frívolos de que estaba rodeado, fueron capaces de distraerle de su estudio. A la edad de cuatro años le enviaron á la escuela de Utrecht, donde el sabio obispo Baudri había reuni-

(1) Act. SS. Bened. saec. V, pag. 334; Sur. die 11 octobr.

do excelentes maestros. Aprendió allí los primeros elementos de la gramática y recorrió después todos los autores clásicos griegos y latinos. Brillaban su doctrina y su virtud en la corte del rey su hermano, donde llegaban sin cesar muchos hombres instruidos desde los lugares mas remotos de Grecia. Esplicábase Bruno en medio de estos hombres profundos con la modestia propia de un discípulo sobre los puntos mas difíciles de los historiadores, oradores, poetas, filósofos y escritores de todas facultades, y muchas veces el alumno servía de intérprete á los maestros. Como la corte no tenía residencia fija, llevaba el Santo consigo su biblioteca; no se distraía á pesar de esta agitacion continua, y aun en los viajes se ocupaba de mil modos. Con esta aplicacion y con un celo igual por el honor de las ciencias, restableció por último en la Germania el estudio, tan famoso en otro tiempo, de las siete artes liberales.

La piedad de Bruno y los ejercicios de su caridad no sufrían detrimento alguno por su aplicacion al estudio. Era tan exacta su asistencia á los divinos oficios, cuanto admirable su devocion mientras se celebraban. Acudían á él siempre los infelices, de cualquier clase que fuesen, y jamás mostraba el menor enfado por sus importunidades. Las irreverencias mas ligeras en las cosas pertenecientes al culto divino las calificaba de atentados que podían acarrear consecuencias muy funestas. Un día que vió al príncipe Enrique su hermano confrenunciando con Conrado, duque de Lorena, mientras se celebraba la misa, dijo que una amistad tan poco religiosa no podía menos de producir funestos resultados. Al contrario, bastaba amar á la Religion para conseguir su cariño; de modo que todos los obispos, los eclesiásticos ó las personas legas que por un impulso de piedad emprendían alguna cosa para el servicio de Dios, le

contaban siempre por su protector y patrono.

Preparóse al gobierno episcopal con el mando de algunos monasterios, en los que dejó pruebas de su prudencia, aun en sus mas floridos años. A unos de grado y á otros por fuerza, los redujo á la mas exacta regularidad, al propio tiempo que valiéndose de la autoridad del rey les restituía sus antiguos privilegios, con la particularidad de que no tomaba de sus rentas para su propia persona ni para sus familiares sino lo que le presentaban voluntariamente los superiores inmediatos. Muerto Viefrido, arzobispo de Colonia, en el año 955, reunió Bruno como de comun acuerdo todos los votos del clero, de la nobleza y del pueblo y segun la costumbre germánica fue elegido antes de dar sepultura á su precesor. El brillo del nacimiento moderado por la humildad y la dulzura, su liberalidad igual á su reputacion, su modestia mucho mayor que su ciencia y talento, sus pocos años compensados ventajosamente con la madurez de su juicio y de sus costumbres, y un gran número de cualidades exteriores y personales le grangeaban la general estimacion. Temióse empero que la dignidad á que se le quería elevar no correspondiese á mérito tan distinguido. Enviaron al rey Othon cuatro diputados del clero de la catedral é igual número de señores para presentar la súplica, á la que suscribió con tanto agrado este príncipe religioso, que Bruno tomó al punto el camino de Colonia, donde le recibieron con un indecible regocijo, siendo consagrado sin perder un momento y colocado desde luego en su silla. Confirióle el rey al mismo tiempo el gobierno del reino de Lorena con el objeto de que tuviese mayor proporcion de hacer bien.

Othon I que mereció el renombre de Grande, y que en otras circunstancias mas favorables hubiera quizá renovado los dias gloriosos de Carlomagno, principiaba á

conceder á los prelados de los condados y ducados unos privilegios semejantes á los de los señores legos, para contrarestar el excesivo poderio de estos. Un príncipe tan ilustre por sus talentos políticos y militares fué el primer autor de la grandeza temporal del clero germánico, que la ignorancia ó mala fé de tantos declamadores representaba poco há como una usurpacion ignominiosa por parte de la Iglesia. Othon conocia del mismo modo que sus censores el peligro que habia en la multiplicacion de estos soberanos subalternos; pero habian llegado las cosas á un punto tan delicado, que era tan difícil remediar el mal como arriesgado el manifestar que se temia. Sin embargo, para evitar los abusos del nuevo poder á que elevaba á los obispos y abades, dispuso que no usasen de él, á no ser con la asistencia y direccion de ciertos ministros que les dió con el título de asesores, quienes dependian del rey y le estaban siempre subordinados. Si despues se libertaron de esta dependencia, debemos atribuirlo, no menos que en los señores legos, al tiempo, á las circunstancias, y algunas veces á las pasiones que la Iglesia ha condenado constantemente en las personas que están dedicadas á su servicio con mayor rigor que en los demas fieles.

Tambien Othon I libertó á la Italia de la anarquía y opresion que la destrozaban por espacio de cerca de un siglo, á causa de las facciones y celos de una multitud de tiranuelos; los unos, duques de Friuli ó de Spoleto; los otros, reyes de Arlés ó de una parte de Borgoña; y los últimos, simples marqueses de Ivrea en el Piamonte, todos se arrogaban y se usurpaban á la vez, con la preponderancia en Italia, el título augusto y estéril de emperador. Adelaida, viuda de Lotario, hijo de Hugo, rey de Provenza, é hija de Rodolfo II, rey de la Borgoña Transjurana, reunia en sí los derechos de estas

dos casas al reino de Italia ó de Lombardia é imploró el auxilio de Othon contra las violencias de Berengario III, que descendiendo por las mugeres del emperador Berengario I, se habia elevado desde el rango de marqués de Ivrea al sòlio de los reyes de Italia (1). Mas la presencia de Othon bastó para desvanecer esta faccion despreciable, y conseguido este golpe contra el mismo Othon segundas nupcias con Adelaida, por ser él tambien viudo. De este modo reunió la Lombardia á sus propios Estados, y así dió origen á la dominacion de los alemanes en Italia, á fines del año 954. Dejose vencer en el siguiente de las súplicas de Berengario, que corrió en su busca á Alemania, y le restituyó sus Estados con la condicion de que los tuviese en feudo de la corona de Germania y le tributase homenaje. Pero el ambicioso y turbulento vasallo tornó muy pronto á tender nuevas redes, escitó sediciones por todas partes, y ejerció una tiranía tan general y tan insostenible, que casi todos los obispos y los condes de Italia, como tambien el Papa, escribieron á Othon ó le enviaron diputados para que los libertase cuanto antes de aquel azote. Lo hizo así, y despues de haber despojado de sus Estados á Berengario y á su hijo Adalberto, depuestos por orden suya en la dieta de Pavia, se dirigió á Roma, donde recibió la corona imperial de manos del Papa el dia 2 de febrero del año 962, segun ya hemos dicho mas arriba. De esta suerte pasó el imperio de Occidente á los príncipes de Germania, quienes le han conservado siempre desde aquella época.

En este año Juan XII, que todavía seguía ocupando la Cátedra de San Pedro, temiéndole quizá que un emperador virtuoso tratase de enfrenar sus pasiones, ó mas bien por un efecto de su inconstancia natural,

(1) Chron. Cassin. lib. 4, cap. 61.

volvió á llamar á Adalberto, hijo de Berengario, no obstante de que antes habia contribuido á su espulsion, y así violó la fé jurada solemnemente á Othon. No pudiendo persuadirse este príncipe religioso y moderado una ingratitud y perfidia tan grande, envió á Roma algunas personas para que averiguasen la verdad. Los romanos, dice Luitprando (1), respondieron por todas partes: nada mas positivo que la rebelion del Papa Juan contra el emperador; mas si deseais saber la causa, buscadla en el odio de Satanás á su Criador. El emperador desea el bien del Estado y de la Iglesia; y el Papa se complace en producir en uno y otra todo género de turbulencias y escándalos. Referia cada uno en prueba de ello algun pasaje particular de la vida del Pontífice. Pero estas acusaciones, que ninguna prueba jurídica confirmó despues y que la malevolencia acreditó, tenían por base principal los pocos años de Juan XII y por consiguiente su ligereza. Othon, que no queria dejarse preocupar con las exageraciones de un pueblo descontento, se limitó á responder hablando del Papa: «Es todavía jóven, y podrá corregirse con los ejemplos y consejos de los hombres de bien.» Habiendo ido Othon á sitiár á Montefeltro, Juan XII le envió por diputados á León, protoscrinario de la Iglesia romana, y á Demetrio, primer grande de Roma, prometiéndole corregirse, dice Luitprando, de las faltas que hubiera podido cometer por la ligereza de su juventud, y quejándose de que el emperador hacia se prestase juramento á sí mismo y no al Papa en las poblaciones que iba reduciendo á su obediencia. León y Demetrio volvieron á Roma, acompañados de los obispos de Munster y de Cremona, á quienes Othon habia encargado le justificasen y delegasen sus vasallos, que les seguian, para en caso ne-

(1) Luitpr. lib. 6, cap. 6; Suppl. Regin. ann. 963.

cesario justificar su inocencia con el duelo. Pero ni por juramento, ni por duelo, fué admitida su justificacion; y el Papa, al mismo tiempo que enviaba á Othon nuevos diputados para tratar de un acomodamiento, avisó á Adalberto para que fuese á Civita-vecchia y de allí á Roma, donde fué recibido con grandes honores. No bien hubo acabado Othon el sitio de Montefeltro, en que empleó todo el verano, marchó sobre Roma; pero al acercarse á ella, huyeron Juan y Adalberto con todo lo que consigo pudieron llevarse del tesoro de San Pedro.

Los enemigos de Juan XII pedian á Othon hiciera que el Papa no pudiera volver á Roma, y al mismo tiempo no osaban hablar en su favor sus partidarios, aunque eran adictos á su poder por odio á los alemanes, y á su persona porque era Papa legitimo, y aunque por otra parte no estaban en minoría. Los obispos que iban en la comitiva de Othon, los que se hallaban en las inmediaciones bajo su obediencia, el clero de Roma, la milicia y muchos otros seglares se reunieron el 6 de diciembre en la iglesia de San Pedro. Hallábase presente el príncipe en este conciliábulo; pero como los romanos no entendian la lengua sajona que hablaba Othon, llevó la palabra Luitprando en nombre del emperador. Al punto que guardaron todos silencio, dijo el príncipe: «Muy útil sería que el Papa Juan presidiese una asamblea tan venerable.» Interrumpiéronle entonces mil voces que decian: «¿Ignorais vos lo que es público en todo el orbe y hasta en lo mas remoto de las Indias? Tan grande es la publicidad de sus delitos como su descaro en cometerlos; y él mismo no practica diligencia alguna para ocultarlos.» — «Es pues necesario, contestó el emperador, proponer individualmente las acusaciones.»

Pedro, presbítero cardenal, se levantó y dijo, que el Papa Juan se burlaba de la

Religion, y que él le había visto celebrar el santo sacrificio de la misa sin comulgar. Juan, obispo de Narni, y Juan, cardenal diácono, declararon que habían presenciado cómo ordenó á un diácono en una caballeriza. Testificaron muchos clérigos y legos que no rezaba las horas canónicas, que no se persignaba, que había ido públicamente á caza, y bebido vino por el amor del diablo, y que jugando á los dados había invocado á Júpiter, á Venus y á los demás dioses del paganismo. Benito, cardenal diácono, leyó una acusacion en nombre de todos los presbíteros y de todos los diáconos, afirmando que el Papa vendía las consagraciones episcopales, y que había consagrado para la Silla de Todí á un niño de diez años. Repitieron como un hecho indudable, además de los concubinatos, que había mandado sacar los ojos á Benito, su padre espiritual, de cuyas resultas espiró al instante: que fué autor de la muerte de Juan, cardenal subdiácono, mutilándole vergonzosamente; que había mandado hacer algunos incendios; y por último, que despreciando todo decoro y circunspeccion, había aparecido en público vestido de cuantas armas puede llevar un guerrero.

Después de tantas acusaciones dijo todavía el emperador: «acontece muchas veces, y lo sabemos por esperiencia, que las personas constituidas en dignidad son calumniadas por los envidiosos y murmuradores. Por tanto os ruego en nombre de Dios, á quien no podreis engañar, en nombre de su Santa Madre, y por el cuerpo de San Pedro, en cuya iglesia estamos, que no pronuncieis contra el Papa hecho ninguno de que no haya sido verdaderamente autor, y que no haya sido visto por testigos de toda escepcion.» Respondieron los obispos, el clero y el pueblo romano todos á una voz: «si el Papa Juan no es reo de todo lo que acaba de leer el diácono Benito, y de

otros muchos delitos tan vergonzosos que no hay quien ose revelarlos, ciérrenos el Príncipe de los Apóstoles la entrada en el cielo y pónganos Dios á la izquierda como objetos de anatema. Si no nos dais crédito, dadlo al menos á vuestro ejército que hace cinco dias le vió á la otra orilla del Tiber con espada, adarga, morrión y coraza; y á no haber sido por el rio le hubieran sorprendido en este traje.» El emperador convino en que había tantos testigos de este hecho cuantos eran los soldados de su ejército.

Bien diferentes de los setenta y seis obispos que reunidos por Teodorico (502) rehusaron juzgar al Papa Símaco, contra el que se hacian tambien las mas graves acusaciones, y que si después entendieron en ello fué á petición formal de este Pontífice, el cual suplió así el poder que ellos no tenían; estotros, indignados de que Juan XII hiciese causa comun con un príncipe aliado de los sarracenos, acordaron dirigir al Papa las citaciones canónicas. En una carta que no iba firmada por prelado alguno y que se creia escrita por Othon, se rogaba á Juan se presentase á justificarse ante la asamblea, en la que se le aseguraba que nada se haria sino conforme á los cánones. Pero Juan no ignoraba que Dios es, y no el rebaño, quien debe juzgar al Pastor; y como por otra parte penetraba los proyectos de la Asamblea, contestó á los obispos: «Hemos oido decir que tratais de poner otro Papa; pero tened entendido que si lo haceis os excomulgo de parte de Dios Omnipotente y os privo de toda potestad.»

En la segunda sesion, á la que concurrieron un obispo de Lorena y tres italianos que acababan de llegar, fueron de parecer estos últimos recién llegados de que los obispos escribiesen en su nombre al Papa, y entonces osaron decirle: «que su respuesta nada sólido contenia; que habria debido enviar diputados para alegar sus razones;

que si no venia al Concilio para justificarse, no se tendria consideracion á su autoridad; y que, á no mediar impedimentos y escusas legítimas, despreciarian su excomunion y la volverian contra él.» Pretension absurda, pues impondria al Soberano Pontífice, cualquiera que fuese, la necesidad de comparecer ante algunos obispos cuantas veces el espíritu de indocilidad ó el capricho de los príncipes los reuniese contra él. Y yendo todavía mas lejos, y dando por sentado que un ministro criminal no tenia ya jurisdiccion, añadian aquellos obispos: «Judas había recibido con los demás Apóstoles el poder de atar y desatar; pero después de su crimen no pudo atar sino á sí mismo.» De donde deducian que Juan XII, á causa de sus crímenes, admitidos como positivos, había perdido la potestad de suspender á aquellos prelados; error no menos peligroso que absurda era la pretension que poco antes hemos condenado; porque las consecuencias de este error, que escluye de la Iglesia á todos los pecadores y que la supone formada de solos justos, tienden á hacerla invisible. Tal vez estas consecuencias, echadas poco antes en cara á los donatistas y que mas adelante veremos condenadas en los Valdenses, no las echaron de ver los individuos del conciliábulo, el cual, escitado ya contra el Pontífice, debia estar todavía mas incomodado por sus amenazas. Como quiera que sea, no se pudo hacer al Papa esta segunda monicion ni la tercera, porque se había huido y nadie sabia su paradero.

Hecha relacion de todo esto en la tercera sesion, aquellos obispos, olvidándose de que su asamblea no pasaba de ser un Concilio particular, y que al fin y al cabo el jefe de la Iglesia no dependia de ellos de modo alguno; estimulados además por el emperador, el cual, sin embargo, no echando al Papa otra cosa en cara que el haber-

se aliado con su enemigo, daba bastante á entender con esto que no reputaba suficientemente probadas las demás imputaciones hechas contra Juan XII; espresáronse en los siguientes términos aquellos obispos: «A un mal tan extraño, es menester un remedio extraordinario. Si este Pontífice solamente se causase daño á sí mismo, se le debería tolerar; pero es un monstruo pernicioso que solo ocupa su dignidad para perdicion de las almas y oprobio de la Silla apostólica.» Y dirigiéndose después al emperador le dicen: «Os rogamos que libreis de él á la Iglesia, y que contribuyais á la elección de un Pontífice capaz de remediar tan graves males.»—«Convenimos en ello con mucho gusto, dijo el príncipe, porque nada puede sernos mas grato que ver dignamente ocupada la Santa Sede.»—«Todos al momento nombraron unánimemente á Leon, primer oficial de los que estaban encargados de la custodia de los archivos romanos; hombre de gran probidad, pero que sacado con tanta precipitacion de un ejercicio puramente lego, se encumbraba á la Santa Sede contra lo prevenido por los cánones. Por esta razon se han equivocado algunos modernos acerca de la verdadera causa de hallarle en el número de los antipapas, pues la verdadera y única causa era la nulidad de la deposicion de Juan XII, á quien se le sustituia contra lo prevenido en los cánones.»

Elegido así Leon en 22 de noviembre de 963, fué ordenado en el dia 6 de diciembre siguiente, y en menos de quince dias recibió todas las sagradas órdenes. Pero si alguna vez llegó á ser Papa legítimo, no fué hasta el mes de junio del año siguiente (964), en que el emperador se vió precisado á volver á Roma para hacerle reconocer de nuevo después de la muerte de Juan XII, acaecida en 14 de mayo de 964, y después de la dimision de Benedicto V, á quien los romanos habían elegido